
Bercianos de Valverde.

Las ovejas de las ánimas y la vida pastoril en el siglo XX

FERMÍN DE VEGA PARRA*
M^a DEL CARMEN DE VEGA DIÉGUEZ

Las ánimas, expresa el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (DRAE) en su segunda acepción, son las almas que penan en el Purgatorio antes de ir a la gloria. Precisa el catecismo del Padre Astete que “el Purgatorio es lugar adonde van las Almas de los que mueren en gracia, sin haber enteramente satisfecho por sus pecados para ser allí purificadas con terribles tormentos”, y después de estar purgadas van directamente a la gloria. En conclusión, las ánimas son las almas de los que al morir no están totalmente limpios de pecados y, como así no pueden acceder al estado de los bienaventurados para gozar de la presencia de Dios en el cielo, tienen que expurgarse completamente con la esponja de los más horribles padecimientos. Maldita la gracia. Toda la vida haciendo bien para ganarse el cielo y, por un descuido, a padecer más al centro de la Tierra, lugar donde, al parecer,

estaba el Purgatorio y los otros tres infiernos.

Los fieles cristianos que habitaron -y habitamos- el planeta podíamos hacer mucho por estas almas en pena para acortarles el tiempo de sufrimiento y sacarlas de tan espantoso lugar cuanto antes, mediante misas, súplicas, ofrecimientos, ruegos, plegarias e indulgencias, como pone de manifiesto la oración que rezaban los cofrades de la Bendita Cruz. Pero ¿tenían algún poder mágico las ovejas de Bercianos de Valverde con estos ruegos y peticiones y, por ende, con las ánimas del Purgatorio? Pues parece ser que sí. Y esta historia es la que protagonizó el *Tío* Andrés García (padre de Bartolomé García Vega, abuelo de Elvira, Mariana y Andrés García Carnero) y nos contó su nieta Mariana -que vemos en la foto número uno- el día 9 de septiembre de 2008, y de la que recordábamos algo.

El *Tío* Andrés, a finales del s. XIX o principios del XX, un buen día -para el animalito y para las áni-



Foto nº 1. Mariana García Carnero

* fermindevega@yahoo.es

mas- encontró una cordera perdida en el monte. Cosa rara, pues lo normal es que la hubieran comido los lobos -quizá estuviera predestinada-. Hombre de buen corazón, la recogió, la llevó a su casa, convocó al pueblo mediante el toque de la campana de concejo para comunicarle el hallazgo, presentarla, saber quién era el dueño y entregársela. Mas como nadie se llamó a ella, lo cual es sorprendente -aunque no tanto, porque las ovejas solamente las conocían bien los pastores-, la cuidó como si fuera suya.

Andando el tiempo, el *Tío* Andrés debió de considerar el suceso como una señal del más allá que le indicaba que debía hacer algo por los más necesitados. ¡Y quiénes más necesitadas que las ánimas del Purgatorio, sobre todo aquellas que no hay quien se acuerde, más que Dios y los bienhechores! Sin embargo, para sacar las ánimas de tan horripilante lugar era necesario decirles misas, y para decirles misas se necesitaba dinero y las ánimas, evidentemente, no tenían pecunia ni podían tenerla, y, siendo él un benefactor, y muy creyente, con sólo su deseo y su mucha fe no se conseguían los cuartos necesarios para tan noble fin. Pero, mira por cuanto, de pronto, le avino del cielo la feliz idea de que la cordera se había salvado de las fauces del lobo por la intercesión de San Antonio Abad y, siendo esto así, como parece que lo era, podía ser una fuente inagotable de dineros para tal menester: salvar las ánimas del Purgatorio.

Su buen natural lo inclinó a donar la cordera a las benditas ánimas del Purgatorio, que, en adelante, serían sus propietarias. Y pensó que, cumplido el año de cancina -también añina-, los dos de borrega y ya oveja a los tres, tendría una gran descendencia, y al fin, un *ganao* -como así fue-. Él contrajo la obligación del cuidado de la oveja y todas sus crías -con excepción de la primera cordera, que pasaría a otro amo-, cumplir con los días que le correspondían de *vela*, pagar y mantener el pastor y abonar una cantidad al señor cura, que por la década de 1941-1950 fue de dos reales anuales por oveja; es decir, 0,50 pesetas, o lo que es lo mismo: 0,29 euros, para que dijera misas en sufragio de las benditas ánimas del Purgatorio.

Persona de tan buena condición, no quiso beneficiarse él solo de la cordera de las ánimas y su descendencia, de modo que, cuando se hizo oveja, la primera cordera que parió (propiedad de las ánimas, no lo olvidemos) se le adjudicó a otro *amo* del *ganao* con las mismas condiciones. Cuando la segunda cordera llegó a oveja y parió, la primera cordera perteneció a otro amo del *ganao* con las mismas normas y reglas. Y así, sucesivamente, las ánimas fueron propietarias de 99 ovejas, ni una más ni una menos, repartidas entre todos los *amos* del *ganao*.

Todas las familias del pueblo tuvieron ovejas de las ánimas. Todas menos una, que fue la nuestra por línea paterna. Nunca supimos por qué, pues, la verdad sea dicha, se hablaba de las ovejas de las ánimas, pero jamás oímos una explicación del caso. Lo más probable sería, decimos nosotros, porque tuvieran lana suficiente, porque no le gustaran las ovejas, quizá consideraran que la lanolina era una sustancia muy grasienta y, aunque beneficiosa para pomadas y cosméticos, untaba en exceso el dinero y no llegaba al Purgatorio o, lo más verosímil, porque tenían la certeza de que las almas de sus antepasados no se sacaban del averno, donde sufrían castigo eterno, con todas las ovejas del mundo, porque dónde, si no en el Infierno de los condenados, iba a estar el alma de nuestro bisabuelo-tatarabuelo Guillermo de Vega Colino, que asaltó la casa del cura de Otero de Bodas con propósito de robo y dio, por ello, con sus huesos en el presidio de El Hacho

(Ceuta) y, conseguida la libertad, el arrepentimiento fue la falsificación de moneda.

No sabemos por qué no llegaron a las cien. Posiblemente porque ya no quedaban ánimas de los fieles fallecidos en Bercianos en el Purgatorio o porque, en llegando a ser propietarias de 100 ovejas, tendrían que hacer un *ganao* para ellas solas, lo cual suponía pastor por cuenta propia y mucho gasto, y las ánimas bastante tenían con sobrellevar su pesadumbre. Fuera por lo que fuese, lo cierto es que no hubo en Bercianos ningún amo propietario de tantas ovejas, ni con mucho, como las ánimas.

Pero todo, menos la eternidad, tiene principio y fin. Las ovejas de las ánimas también los tuvieron. Incipieron, gracias a la casualidad y la generosidad y el buen discurrir del *Tío* Andrés, con el hallazgo de la cordera, y finaron, allá por el año 1950, no por muerte natural o porque fueran comidas por el *rabadán* -que así llamábamos al lobo-, sino porque las almas de los vivos, mediante compra, a la que sólo tenían opción los amos que ya disfrutaban de sus beneficios, se las expropiaron a las almas de los muertos. Así que las tasaron en un precio, pagó cada uno -religiosamente- la cantidad que le correspondía a la Santa Madre Iglesia, o sea, al señor cura, y de esta suerte, los *amos* fueron dueños y señores de las ovejas de las ánimas por siempre jamás. Amén.

Y las ánimas a seguir penando para purgarse, que los pecadores deben pagar por sus pecados. ¡Qué diría el alma del *Tío* Andrés de esta venta! Parece ser que solamente hubo una familia que no las pagó, y se hizo igualmente propietaria. Es posible que razonara de esta guisa: Si por comprarlas, las ánimas no van a tener más beneficios, ya están suficientemente pagadas. (En la foto número dos, vemos un ganado -que no es el de las ovejas de las ánimas-, pastando en los campos de Santa María de Valverde).

Las ovejas de las ánimas nos dan pie para repasar la vida pastoril en Bercianos du-



Foto nº 2. Ganado lanar en Santa María de Valverde

rante el siglo XX. Lo hacemos con los recuerdos de cuando ayer fuimos rapaces y llevados de la mano de Bienvenido Fernández Vega; Gerardo García García; Camilo, José y Santiago Morán Vega; Clemente Centeno García; Fermín García Álvarez y, muy especialmente, Adelaida Álvarez Fernández, nacida en 1926 y casada -en 1942- con Vicente Mayor Llamas (22-01-1920 / 2-05-1982), el cual tuvo que ser pastor por necesidad desde su infancia hasta

su muerte, por lo que no pudo asistir a la escuela; sin embargo, no fue analfabeto, pues aprendió a leer, escribir y las cuatro reglas a los 20 años de edad, gracias a un benemérito maestro que ejerció en Santibáñez de Tera, quien le daba clases en el invierno, por las noches, después de encerrar el *ganao*. Adelaida, con 84 años, y la cabeza lúcida, posó para la ocasión el día 28 de agosto de 2012.

Digamos, de paso, que las fuentes de producción en Bercianos eran las del sector primario, la agricultura y la ganadería. Una agricultura de subsistencia para la que se necesitaban vacas, cabras, burras y ovejas, animales que componían la hacienda del pueblo. Así se mantuvo una vacada de unas 160 reses con su vaquero, que la concentración parcelaria



Foto nº 3. Adelaida en la carretera, frente a la puerta de su casa

y los tractores hicieron pasar a mejor vida a comienzos de la década de 1971-1980; unas 200 cabras, y el *güedro* o *beche* (macho cabrío), formaban la *cabriada* (cabrada), cuidadas por un cabrero (siempre conocimos al *Tío* Alejandro Mayor Parra y a su hija Germelina, que continuó después de fallecer su padre), pero aquéllas -recuerda Miguel Alonso García- dejaron de tirar al monte en el año 1951; una *burrada* de unas 80 asnas -algún burro que otro-, pero más burras, porque parían, llevaron el mismo fin que las vacas.

Las ovejas, sin embargo, perduraron hasta entrado el siglo XXI, y merecen nuestra atención por la vida que llevaron pareja. Las, aproximadamente, mil hectáreas del término de Bercianos alimentaron unas seiscientas *mecas* de raza castellana (perfectamente adaptadas al medio, resistentes y andariegas), agrupadas en dos *ganaos* de unas trescientas cabezas cada uno, más dos *marones* (carneros o moruecos), con su respectivo pastor.

Eran propiedad de los vecinos: con tres, el que tenía menos, y treinta, el que más, resultando una media de quince. Los propietarios se llamaban *amos*. El número de *amos* estaba comprendido entre veinte y veinticinco en cada *ganao*. El propietario de menor número de ovejas se denominaba el *amo menor* y el que tenía más, el *amo mayor*. Éste representaba la cabeza rectora: reunía a los demás *amos* para tratar en asamblea las normas por las que se regiría el buen gobierno del *ganao* durante todo el año, más concretamente, de San Pedro a San Pedro, ya que en esa festividad se contrataba el pastor y se celebraba la asamblea general.

Alguna de estas normas, tales como *la vela* y el *día de vela*, venían de antiguo, posiblemente de los orígenes de los *ganaos*; eran ya maneras peculiares del pastoreo. Se hace necesario explicar en qué consistían estas costumbres para una mejor comprensión de la vida de los pastores y de los *amos*:

La vela era un turno determinado por el número total de ovejas del *ganao*, que los *amos* cumplían con rigor día por día -domingos y festivos- todo el santo año. Dicho turno comenzaba en un *amo*, el cual *velaba* uno o más días, dependiendo de la cantidad de ovejas propias; cumplidos su día/as de *vela*, continuaba, en ordenada sucesión, el *amo* siguiente, que era el que vivía en la misma calle, continuando la numeración, pares-impares, de las casas, o en otra, si intermedios vivían *amos* del otro *ganao*. Cuando el último *amo* finalizaba su turno, se reiniciaba el ciclo, comenzando otra vez el primero, y con él, el segundo turno de *vela* o la segunda *vela*, y así sucesivamente.

El día de *vela* -básico para el orden de sucesión en los turnos- lo fijaba el número de ovejas que acordaban los *amos* en San Pedro. Normalmente, a ocho ovejas le correspondía un día. No se *velaban* medios días. Tampoco con tres ovejas. Por éstas solamente se abonaba la cantidad correspondiente en metálico. Cuatro, cinco, seis o siete sí, pero no en todas las *velas*, sino en las que le competían. Con estos criterios, todos los *amos* sabían cuántos días le correspondían en cada turno. Lo comprenderemos mejor con los siguientes ejemplos:

Turno de vela	Número de ovejas	Días de <i>vela</i>
1ª <i>vela</i> :	4	ninguno
2ª <i>vela</i> : 4 de la 1ª y 4 de la 2ª =	8	uno
3ª <i>vela</i> :	4	ninguno
4ª <i>vela</i> : 4 de la 3ª y 4 de la 4ª =	8	uno
5ª <i>vela</i> : 4 ninguno		
<hr/>		
1ª <i>vela</i> :	5	ninguno
2ª <i>vela</i> : 5 de la 1ª y 5 de la 2ª =	10 = 8 más 2	uno
3ª <i>vela</i> : 2 no cuentan, 5 de la 3ª =	5	ninguno
4ª <i>vela</i> : 5 de la 3ª y 5 de la 4ª =	10 = 8 más 2	uno
5ª <i>vela</i> : 2 no cuentan, 5 de la 5ª =	5	ninguno
<hr/>		
1ª <i>vela</i> :	6	ninguno
2ª <i>vela</i> : 6 de la 1ª y 6 de la 2ª =	12 = 8 más 4	uno
3ª <i>vela</i> : 4 de la 2ª y 6 de la 3ª =	10 = 8 más 2	uno
4ª <i>vela</i> : 2 no cuentan, 6 de la 4ª =	6	ninguno
5ª <i>vela</i> : 6 de la 4ª y 6 de la 5ª =	12 = 8 más 4	uno
<hr/>		
1ª <i>vela</i> :	8	uno
2ª <i>vela</i> :	8	uno
3ª <i>vela</i> :	8	uno
4ª <i>vela</i> :	8	uno
5ª <i>vela</i> :	8	uno
<hr/>		
1ª <i>vela</i> :	13 = 8 más 5	uno
2ª <i>vela</i> : 5 de la 1ª y 13 de la 2ª =	18 = 8 más 8 más 2	dos
3ª <i>vela</i> : 2 no cuentan, 13 de la 3ª =	13 = 8 más 5	uno
4ª <i>vela</i> : 5 de la 3ª y 13 de la 4ª =	18 = 8 más 8 más 2	dos
5ª <i>vela</i> : 2 no cuentan, 13 de la 5ª =	13 = 8 más 5	dos
<hr/>		
1ª <i>vela</i> :	30 = 8 más 8 más 8 más 6	tres
2ª <i>vela</i> : 6 de la 1ª y 30 de la 2ª =	36 = 8 más 8 más 8 más 8 más 4	cuatro
3ª <i>vela</i> : 4 de la 2ª y 30 de la 3ª =	34 = 8 más 8 más 8 más 8 más 2	cuatro
4ª <i>vela</i> : 2 no cuentan, 30 de la 4ª =	30 = 8 más 8 más 8 más 6	cuatro
5ª <i>vela</i> : 6 de la 4ª y 30 de la 5ª =	36 = 8 más 8 más 8 más 8 más 4	cuatro



Foto n° 4. Fermín García Álvarez, con 89 años de edad el día de la foto

Según el testimonio de Fermín García Álvarez, con 88 años, corroborado por Adelaida, de 84, los *ganaos* pastaban todo el día en el campo y dormían donde le caía la noche, en un quión del *amo* que *velaba* (para aprovechar la fertilidad de las *cagane-tas* -excrementos- y de los orines). Éste llevaba la cena al lugar, yantaba con el pastor y pernoctaban, mirándose en las estrellas y la luna o en el cielo oscuro, todos: el pastor, el amo, las ovejas, los dos *marones*, los perros y, no muy lejos, los lobos. Eso ocurrió hasta el año 1933 o 1935.

Fermín mantiene viva en la memoria esta costumbre porque cuando contaba diez o doce años de edad le tocó el *turno de vela* y fue, como estaba *mandao*, a llevar la cena al monte, pues aquella noche, el *ganao* acampó en un quión suyo en *El Abeseo de La Zarza*. Ya asentado el rebaño, y sin tender sobre el suelo zalea alguna, aderezaron presto la rústica mesa, habilitaron dos piedras por *sentajos*, dispusieron a regalarse

con la cena, destaparon el cesto, sacaron el *cazuelo* colmado de sopas de pan con patatas, el pan, el vino, pero por más que miraron y remiraron, buscaron y rebuscaron, ni vieron ni encontraron las *cuchares* y, ante volver a casa, ya anochecido, caminar 3,5 km de ida y los mismos de vuelta, comer las sopas con las manos o dárselas a los perros, el ingenio les llevó a abrir las *cheiras* (navajas), rebanar la corteza de la media hogaza y recortar dos hermosas *cuchares* que para sí hubieran querido los pastores y ninfas de la Arcadia con el dios Pan presidiendo la corte. Cenaron las sopas y se hartaron de pan porque, ¡quién lo diría! -aunque “pan con pan, comida de bobos”-, se comieron también las *cuchares*. (El día 15 de septiembre de 2012, le hicimos una foto a Fermín, que reproducimos con el número 4).

La vida de los pastores, también la de los *amos*, no fue tan idílica, sobre todo en los primeros tiempos, como la cantaban los poetas, pues tenían que soportar los 365 días del año, con sus noches, todas las inclemencias del tiempo, como dijera el Tío Pedro Alonso García, refiriéndose a unos palos que se encontraban en la calle, estaban expuestos al sol, a la lluvia, al viento, a la nieve, a los yelos, al granizo y a todos cuantos elementos, Dios, con su Santo Poder, desde el alto Cielo les quería mandar. De ellos se defendían en los crudísimos *hibiernos* -aquellos de los calamocos pendientes de los tejados días y días-, si acaso, con una improvisada choza de jaras y ramas de encina, y las más de las veces, con una lumbre en la que quemaban un carro de leña que, además de calentarlos, ahuyentaba a los famélicos de los colmillos afilados como *lesnas* (leznas) que otilaban en las negruras de las noches, de los que, en no pocas ocasiones, tuvieron que defenderse a palos con la

cacha y los dientes de los perros. Esta costumbre se mantuvo en Sesnández hasta finales de los años sesenta del pasado siglo.

Con el paso de los años, ni la tierra producía abundantes frutos, por más que se trabajaba, ni la naturaleza sonreía en perpetua primavera, ni las ovejas parían más corderos, ni daban más lana, ni producían más leche con tantos sacrificios y desvelos. Así que, como ya hemos referido, al comenzar la década de 1931-1940, pusieron el cerebro en acción y se dieron una nueva norma, la cual prometía ser más provechosa y menos sacrificada que la de estar todo el duradero año de la Ceca a la Meca, *trastalabastando* (dando tumbos) de *La Chana* a *Los Codos de La Zarza*, pasando por *La Devesa*. Esta norma fue *la vuelta* o, mejor dicho, *las vueltas*, porque se daban dos, las cuales delimitaba el tiempo atmosférico y el cronológico. *Las vueltas* mejoraron sustancialmente la perruna vida anterior, al librarlos de la rueda que no cesaba de rodar campo adelante en todo el año.

La primera principiaba, si el tiempo lo permitía, el día 19 de marzo -San José-; en el caso de no abonanzar, en abril (del que decía la Tía María Fernández “*la Mandilera*” que era hijo de una puta y de un *aguacil*). Finalizaba el 31 de octubre. Duraba 225 jornadas, días arriba, días abajo. En esta primera vuelta, el pastor dormía con las ovejas en las tierras de los *amos* -cuando *velaban*- con el fin de amajadarlas, es decir, abonarlas con las *caganetas* y los orines mientras permanecían toda la noche recogidas entre redes -redil-

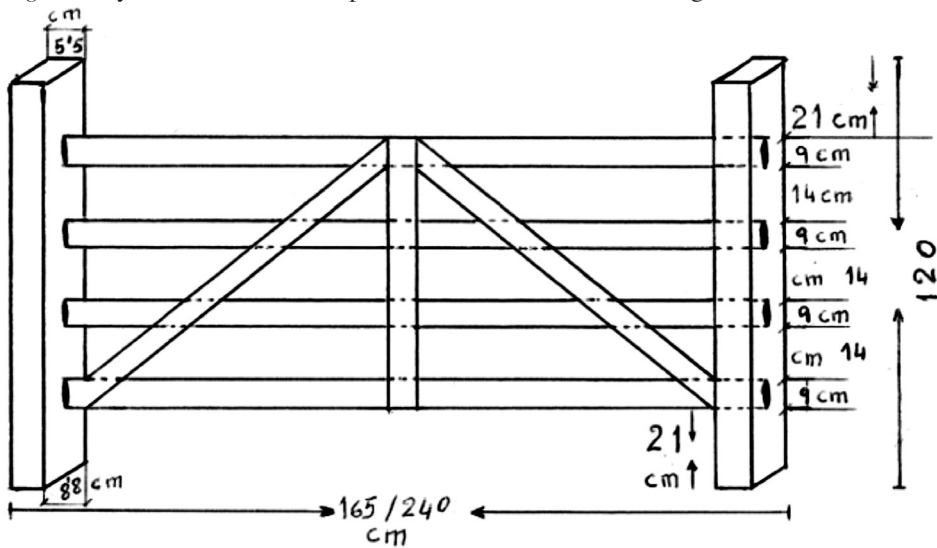


Fig. 1. Cancilla con sus medidas en centímetros

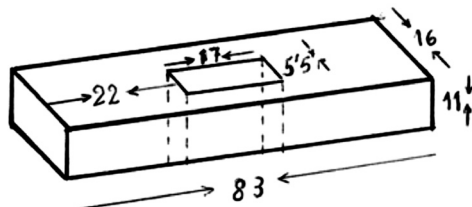


Fig. 2. Zapata ordinaria con sus medidas en cm.

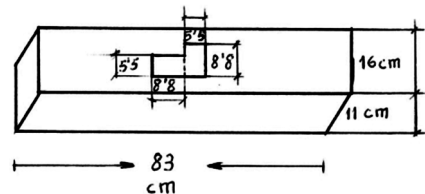


Fig. 3. Zapata esquinera con sus medidas en cm.

hechas a mano con cuerdas trabadas en forma de malla, sujetas a estacas clavadas en la tierra, sustituidas, más tarde, por las *cancillas*.

Puesto que han salido a relucir las *cancillas*, diremos que con ellas se formaba el *cancillar*. Pero había que empezar con una. La *cancilla* era un armazón de madera compuesto por dos banzos o largueros exactamente iguales, de unos 120 centímetros de largo, con cuatro escopladuras o huecos de 9 de largo cada uno, separados 14 entre sí, de manera que superpuestos coincidieran, en los que se encajaban por sus extremos cuatro tablas de 9 cm de anchura y 165-240 de longitud cada una. (En la figura número uno representamos una *cancilla* con sus medidas en centímetros).

El *cancillar* -un recinto rectangular- se formaba asentando en el suelo, atravesada, una zapata de madera con un hueco rectangular en el que se metía la parte inferior de un banzo de la *cancilla*, a continuación se situaba otra zapata, en la que se encajaba el otro banzo y el de la *cancilla* siguiente. Se continuaba así hasta armar un lado mayor, y en el punto en el que era necesario formar un ángulo recto con uno de los lados menores, se colocaba una zapata esquinera, así llamada porque presentaba el hueco o encaje en forma de L. (La figura número dos representa una zapata ordinaria con sus medidas en centímetros, y la número tres, una esquinera).



Foto nº 5. Cancillar montado parcialmente



Foto nº 6. Cancillar montado parcialmente

Ya montadas, se aseguraban con unas *córreas* (aros hechos con varas de mimbre) que abrazaban los extremos superiores de los banzos de dos *cancillas*, ubicados en la misma zapata, y de tramo en tramo, para mayor seguridad, se sujetaban por la parte exterior con *estacas*, unas ramas gruesas de encina que en un extremo terminaban en pico para clavarlas en la tierra y en el otro, en una horcadura que sujetaba por el centro los dos banzos de dos *cancillas* introducidos en la misma zapata. (El *cancillar* puede verse montado parcialmente, en la foto número cinco. En la número seis, una *córrea*, y en la figura número cuatro, una estaca)

Cuando *la vela le tocaba* a un *amo*, a cambiar o mudar el *cancillar*, lo hacía transportando las *cancillas*, las zapatas, las *estacas* y las *córreas* con el carro rodado por las vacas hasta su finca, e inmediatamente procedía a montarlas, para que, cuando llegara la noche, el pastor sólo tuviera que hacer la cama, al abrigo de las ovejas, bien resguardado de los cierzos.

¡Ay, los bucólicos *cancillares*! “A la sombra de los *cancillares*, / una noche oscura, / yo la vi pasar.” Al parecer, moza hubo que, sin *tocarle la vela*, iba al *cancillar* a llevarle al

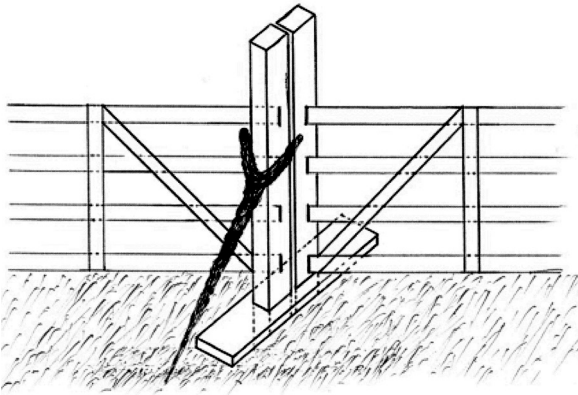


Fig. 4. Estaca para contener las *cancillas* del empuje de las ovejas

numero de turnos era, evidentemente, mayor -nueve o diez- que en la segunda -cinco o seis-.

El pastor se ajustaba por un año (concretamente, el día 29 de junio, hasta la misma fecha del año siguiente). El ajuste consistía en el acuerdo -verbal- del pago de una cantidad en metálico y de otra en productos para la mantensa. La cantidad en efectivo se le abonaba en dos plazos: la mitad el mismo día de San Pedro y la otra mitad el de Año Nuevo, festividad en la que, por costumbre, pedía el aguinaldo, como también lo pedía el vaquero. En el contrato de palabra, además de la cantidad en moneda y los productos alimenticios, se daba por hecho que el pastor podía cuidar sus propias ovejas sin tener que pagar cantidad alguna, ni participar en los turnos de *vela*, ni prestar la ayuda del zagal. No obstante, Adelaida ejercía esta tarea algunos días si, de acuerdo con algún amo, éste le araba alguna tierra y ella, por el trabajo, le iba de zagala. También porque le gustaba.

La cuantía en dineros contantes y sonantes en la que se ajustó Vicente en el año 1942, recuerda Adelaida, fue de 13.000 reales, equivalentes a 3.250 pesetas y 19,53 euros. ¡Cuánto ha cambiado la vida! De los céntimos de peseta, a los reales; de los reales, a la peseta; de la peseta, al euro y éste a ser adorado más que un dios.

Cada uno de los *amos* pagaba su parte correspondiente, que era la que resultaba de multiplicar el número de ovejas propias por el cociente obtenido al dividir la cantidad total entre todas las ovejas del *ganao*. Con las 3.250 pesetas, un amo que tuviera 20 ovejas, en un *ganao* de 300, le correspondería pagar 216,66 ptas al año, que equivalen a 1,30 euros.

Los productos para la manutención, por cada día de *vela*, eran los del consumo común, a saber:

* Un *cazuelo* de sopas de pan con patatas, aderezadas con manteca (el aceite era un lujo), ajo pisado en el mortero y pimiento (pimentón), o una tortilla o sopas de ajo, para el almuerzo, que se le llevaba a la majada cuando dormía en la tierras, de mañana, antes de arrancar el *ganao* o, si lo prefería, habas cocidas para aliñarlas el pastor o su mujer, solamente en la primera vuelta.

* Tres libras de pan, equivalentes a 1.380 gramos (una libra, 16 onzas, 460 g, y los perros también comían pan).

* Un cuarterón de tocino crudo (el cuarterón, la cuarta parte de una libra, era igual

pastor, después de haber cenado, el postre. El vate, que siempre los hay, rimó la vehemencia amatoria para ser cantada. Y se cantó.

La segunda vuelta se iniciaba el día 1 de noviembre -Todos los Santos- y acababa el 18 de marzo. En total, 140 días. Se mantuvieron los turnos de *vela* para las dos vueltas, con una duración de 20 o 25 días cada uno, y con la sola diferencia de que en la primera el número de turnos era, evidentemente, mayor -nueve o diez- que en la segunda -cinco o seis-.

a 115 g), que no siempre era del lardo, porque los que tenían tocino en el verano podían considerarse afortunados.

* Un *cazuelo* de sopas aliñadas para la cena, siempre, en las dos vueltas (cuando dormía en las tierras, en la primera vuelta, se las llevaban a la majada y en la segunda cenaba en casa del amo que *veleba*).

* Un litro de vino (los perros no bebían).

Acuden a nuestra memoria los sustos repentinos que anonadaban nuestro ánimo cuando íbamos a llevarle la cena a Vicente al *cancillar*, al *escurecer* o ya *escurecido*, y, de pronto, se levantaba del camino una cosa volando: era un *engañapastores* (chotacabras). Estas aves nocturnas andaban casi siempre próximas a las majadas. Y por ello, se mantenía, en algunos lugares, la creencia de que le chupaban la leche a las ovejas; lo cierto, sin embargo, es que son insectívoras y tenían una succulenta cena en la infinidad de insectos que portaban los rebaños.

Además de la cena, los *amos* debían proporcionarle la *jalma* -una *fardela* o saco de lona largo, llena de paja trillada- para cama, más una manta con la que cubrirse. Y si arreciaba el frío y necesitaba más, las ponía el pastor “por la cuenta que le tenía” -remató Adelaida-. Las *jalmas*, colocadas a la vera del *cancillar*, al abrigo de las ovejas, que, amajadadas, los protegían de los vientos que soplaban de Portugal, eran los improvisados lechos pastoriles en los que recibían, como única caricia, la tibieza o frialdad del relente de las noches.

A partir de 1942 o 1944, no lo recuerda con exactitud Adelaida, le daban la comida en crudo en esta cuantía:

- * Dos kilos de patatas.
- * Tres cuartos de kilo de alubias.
- * Tres cuartos de kilo de garbanzos.
- * Un cuarto de kilo de tocino crudo.
- * Tres libras de pan.
- * Un litro de vino.

Duró esta modalidad hasta 1954. Después se le pagaba sólo con dinero: unas 8.000 o 9.000 pesetas, en moneda actual 48,08 o 54,09 euros, en los dos plazos ya sabidos.

Los *amos* contraían, además, la obligación de ayudar al pastor con un zagal o una zagala en cada una de las *velas*, aunque sólo en la primera vuelta, desde que comenzaba hasta principiar el verano, o sea, toda la primavera. Esta necesidad es comprensible porque en aquellos tiempos estaban labradas hasta *Las Laderas*, y el pastor solo, aunque tuviera buenos perros, no defendía los sembrados, ni las viñas, ni los frutos de *Los Bajos*, ni podía librarlas de comer la flor de la jara en el mes de mayo.

Con todo, en ocasiones, un simple descuido daba lugar a que se metieran en un sembrado y comieran y *apatañaran* (pisotearan) unos metros cuadrados. Algo así sucedió en una tierra del Tío Simón García -sordísimo- y cuando vio el daño, no excesivo, montó en cólera, derribando todas las fortalezas del mundo porque estaba convencido de que se lo habían hecho adrede. Intentó convencerlo Jacobo Centeno Diez del error, y, a voces, para que lo oyera lo mejor que sus oídos le permitían, se lo explicó con estas palabras: “Fue una punta que se le escapó a Vicente”. “Con que fue una punta, ¡eh!, y luego vino a esperarlas al *Prao*”. “¡Ay, me cago en tal, si lo *entallo* (cojo) en *l’intre* (en el ínterin) le

saco unas correas de atrás *alante!*”.

Se llenan nuestras cabezas de floridos recuerdos, embriagados con los fragantes aromas de los *san juanes* (cantuesos), de los *tomillos salseros* y de los *rastreros* o *picantes*, de las mentas poleo y de los *mostranzos* (mastranzos) en pugna con los crudos, fuertes y penetrantes de las magarzas, de las ladas, de las *tetas de cabra* (jaguarcillos), de los *turoviscos* (torviscos).

Nos vemos con la mochila al hombro, en la que albergábamos un trozo de pan y otro de tocino, si acaso un *trocinín* de chorizo, la *cacha* (cayada) en la mano, un pañuelo con un nudo en cada esquina y cubriendo la mollera, y la compañía de una perra -que atendía por Capitana-, no muy buena para las ovejas. Sin olvidar los encarecimientos de la madre para que obedeciéramos a Vicente e hiciéramos todo lo que nos mandara con diligencia y presteza. Así lo hacíamos, nada más que decía: “Mira, ponte en aquel *sembrao*”. “Tú, no dejes que entre ninguna”. Corríamos raudos a situarnos a la vera del sato, no solamente para que no hicieran daño, sino para evitar otro posible y más oneroso, la *prendada* (multa) del guarda si veía una sola oveja comiendo en un trigal, centenal, campo de alfalfa o cualquier otro fruto. “Luego te colocas en aquel jaral, mantenlas bien a raya, que no coman ni una sola flor, no sea que se nos *enjure* alguna”.

Y nos preguntábamos qué sería eso de *enjararse*. Lo supimos más tarde, cuando vimos una oveja que intentaba andar con denodados esfuerzos y no podía. Había perdido el sentido de la orientación y el del equilibrio, los músculos se le contraían con intensos espasmos y convulsiones, echaba abundantes espumarajos por la boca y, finalmente, terminó por caer al suelo con el vientre *implido* (hinchado).

Parece ser que al comer la flor de la jara, que es sustanciosa, ingerían hojas y con ellas el ládano, que es tóxico, el cual causa esos efectos perjudiciales en los procesos fisiológicos de su organismo, y, en casos extremos, pueden conducir al animal a la muerte. Nos decía Adelaida que también se le achacaba a la ingestión de la *parpaja*, un insecto que abunda en las flores de las jaras, pero que, a nuestro entender, no es la *parpaja*, aunque se le parece, pues ésta es más plana y come los tallos de la cebada y del trigo. (En la foto número 7 podemos apreciar el insecto en cuestión).



Foto nº 7. Flor de jara de las cinco llagas con la “parpaja”

Y en los momentos de sosiego, como cuando bajábamos a darle agua al *Barrero* (una laguna artificial, que hicieron los antepasados de tanto barro -arcilla- como sacaron), registraron nuestros oídos los trinos de los pájaros, el canto del *cuco* (¡qué mal nos supo cuando Vicente nos contó que ponía el huevo en nido ajeno para que se lo incubaran y criaran el polluelo!, de ahí el nombre de críalo con que también se conoce al cuclillo), aque-

llos dichos: “Cuando llueve y hace sol, baila el perro y el pastor”. “Cuando llueve y hace frío, baila el perro y el castigo”. Y muchos cantares de corte *pícaro-verdusco*: “Bendito se Noé, / que le inventó el pico al grajo, / a las mujeres el co. / y a los hombres el carajo.”. Todo esto ocasionaba tal alborozo en el ánimo que desde la víspera estábamos deseando que pasara la noche en un vuelo para ir de sarrujanas.

Grabadas quedaron en nuestras mentes aquellas escenas en las que queríamos hacerlas pasar por un paso estrecho y se negaban de tal manera que ni empujándolas, ni a *cachazos* conseguíamos que entraran, cuanto más lo intentábamos más se apretujaban contra nosotros, más tozudas se ponían. Vicente, avezado pastor, cogió una y la hizo pasar a la fuerza, casi arrastrándola. Nuestra sorpresa fue que detrás continuaron todas como si fueran de paseo. No es extraño que el refranero antiguo, que no entendía de géneros, a la vista de estas conductas y otras parecidas, dejara constancia en este aforismo poco afortunado: “Oveja, burra y mujer, las tres cosas más testarudas de este mundo que puedas ver. O las matas a palos o las dejas”. A no dudar que tal sentencia saldría del discurrir de algún machote.

En la segunda vuelta, en el mes de noviembre o diciembre, coincidiendo con la parición -después de gestar cinco meses-, las apartaban; es decir, separaban las que parían de las cencinas y de las machorras. Las primeras, o sea, las de parición, las llevaban a sus respectivas casas cada uno de los *amos*, con el fin de alimentarlas mejor y cuidar las crías. Para no equivocarse y reconocerlas, se fijaban en una marca o señal que le habían hecho en una de sus orejas. Las segundas y las terceras las cuidaba el pastor como de ordinario.

El apartar las ovejas fue la ocasión para que desde niños las viéramos parir -también a otros animales-, y, aunque era tal la evidencia, se imponía en nuestras infantiles mentes un mecanismo de negación de la realidad, por el que no admitíamos que nosotros viniéramos así al mundo. Lo vivenciábamos como excesivamente traumático y violento para nuestras madres. Queríamos que fuera más angelical.

Nos llamaba poderosamente la atención cómo la oveja que paría, después de nacer el corderito o la corderita, *lambía* (lamía) y *relambía* (relamía) a su ternasco. Con el tiempo supimos que no solamente lo hacía por higiene, sino también porque con el lamido le daba una especie de masaje que favorecía el riego sanguíneo y, con él, su desarrollo. ¡Qué mimosos lengüetazos! ¡Qué cariñosos besuqueos! Sin embargo, sucedía -raramente, pero sucedía- que una oveja no quería a su cría, la rechazaba, no la dejaba mamar. En estos casos, ponían al despreciado y desamparado caloyo/a en la teta de otra para que mamase. Ésta, más maternal, lo aceptaba, lo amamantaba y lo criaba, y, por criarlo con el celo que su madre le negaba, se llama atona.

También nos sorprendíamos de la manera de olerlos. No sabíamos que es, precisamente, por el olor por lo que los mamíferos hembras reconocen a sus hijos. Ver nacer un cordero/a era deslumbrante, cuando venían dos, de alucinamiento. Y cuando mamaban, la manera rápida y continua de mover el rabo, nos ensimismaba, ese lenguaje sí lo entendíamos, sabíamos que era la expresión de ir saciando el hambre que sentían en su estómago, el hambre de alimento para continuar la vida.

Pobrecitos corderines/as y sus graciosísimos rabos. Llegado el momento se los cortaba el pastor sin cuchillo ni navaja, retorciéndoselos con mucha habilidad, al anochecer, pues de esa manera y la quietud a la que los obligaba la oscuridad, se prevenían las posi-

bles hemorragias. Todos los rabos cortados eran para el pastor. Adelaida hacía con ellos un guiso especial preparándolos como sigue: los echaba en agua hirviendo un momento con el fin de pellarlos fácilmente; después de pelados, los cocía; ya cocidos, los guisaba con aceite, sal, ajo, cebolla y pimientos naturales secos en la rama, en una cazuela de barro, a fuego lento. Para *relamberse*.

Una vez apartadas las ovejas, se ponían de acuerdo tres, cuatro o cinco amos, las juntaban por el día y formaban un hatajo, el cual apacentaba por el campo uno de ellos -de ordinario, muchachos/as- durante una semana, o los días que acordaran, y a la semana siguiente, otro. Así hasta cerrar el ciclo y volver a empezar. Por la noche regresaban al pueblo. Los *amos* las esperaban, la primera semana, y las llevaban a su casa; a la segunda ya no era necesario, iban solas porque habían aprendido donde estaba su “hogar”.

Tantos pastorcillos por el campo, entreteníamos, sin descuidar las ovejas, el lento transcurrir de las monótonas horas del día en la paz de la campiña con juegos amenizados con el *dalán*, *dalán* de las cercas. El más socorrido, *La Tona*: sencillo y divertido esparcimiento, al que jugábamos, puestos de pie, en círculo, a una distancia conveniente, con una piedra -la *tona*- del tamaño de una nuez, la más esférica que encontráramos, y las *cachas*. La suerte decidía quién lanzaba la *tona* al que tenía más próximo en el sentido contrario a las agujas del reloj. Éste tenía que desplazarla lo más lejos posible, propinándole -en el aire- un golpe vigoroso con la *cacha* (si no lo conseguía, perdía, y pasaba a arrojar la piedra al jugador que tenía más próximo), y el lanzador debía observar la trayectoria, ver donde caía y salir corriendo, buscarla, encontrarla, cogerla, regresar con ella, y dejarla colocada en el lugar que ocupaba uno cualquiera de los otros jugadores -que, entre tanto, acudían a su lugar para excavarle un hoyo con las *cachabas*-; si lo conseguía, ganaba, y perdía el que se había embobado, que pasaba a ser *perrico*. En caso contrario, repetía la acción. En el ir y venir con la *tona*, le cantábamos: “Busca la *tona*, *perrico*, que en el culo te pico”, al tiempo que le hacíamos el hoyo con las *cachas* en su sitio, siguiendo el compás. El que tuviera el hoyo más grande era el que padecía mayor humillación.

El pastor, como hemos narrado, andaba por el día con las cencinas y las otras que no parían, llamadas machorras, y por la noche las encerraba en los corrales o apriscos. También llamábamos machorras, aunque hubieran parido, a las ovejas viejas que se compraban unos días antes de la fiesta, para engordarlas un poco, sacrificarlas y celebrarlas con los familiares y amigos, embaulando tasajos de carne cocida bien espolvoreada con pimentón y abundancia de sal gorda, ingredientes que hacían andar la jarra de vino a la *roda* (de uno a otro) sin detenerse nada más que lo justo para beber. ¡Qué gustosos ambos! Las tajadas y los tragos de vino.

El hecho de encerrar las ovejas en los corrales fue, sin duda, un gran alivio para los pastores, no sólo porque dormían entre sábanas, sino también porque los meses de diciembre y enero coincidían con las matanzas, y se hizo costumbre que los *amos* invitaran a cenar al pastor.

Las noches de las matanzas representaban para los niños y muchachos una gozada, también para los jóvenes y viejos, sobre todo cuando el pastor era Vicente, por lo mucho que nos entretenía contando cuentos (*Juan el oso*, *Arrancapinos*, *Derribatesos*, y otros de su invención), narrando historias, haciendo juegos, proponiendo acertijos.

El invento de las vueltas trajo consigo tales mejoras que fue como pasar de la Edad

de Piedra a la Edad Moderna. Dormir en las tierras cultivadas del valle, cerca del pueblo, solamente en el buen tiempo (?) y sobre jergón de paja, no era lo mismo que dormir todo el año entre encinas, urces, jaras y peñascos, acostado encima de unas ramas de jara y levantarse arrecido de frío. Dormir en casa, en la cama y con la dama, representaba estar en el séptimo cielo.

También fue un bien para las ovejas, pues supuso la construcción de los *corrales de las ovejas* o apriscos, que consistían en recintos rectangulares tapiados, de unos 29 metros de largo por 11 de ancho y 2 o 2,30 de altura, encerrando una superficie de unos 300 metros cuadrados, con unas *tenadas* o tinadas de jaras, ramas de encina y urces *alredor* -a modo de tejado o cobertizo con la vertiente hacia dentro- que las resguardaba del mal tiempo, a los que se accedía por una puerta baja y estrecha. Los dueños se beneficiaban igualmente pues con el sirle abonaban las tierras.

Hubo once corrales, de los cuales solamente dos se mantienen en pie, uno en estado de ruina y el otro con un uso distinto al de su origen. En *El Bajo de Valmoro* se hallaba el del Tío José Alonso González el “Tío José Litos”; en *La Devesa*, dando vista a *Valmoro*, aún se ven las ruinas del perteneciente a Miguel García Casado -más conocido por el de Vitoriano, su hijo-; dos, de la familia de los Centeno, estuvieron ubicados en *La Devesa*, próximos al *Barrero*; cuatro en *La Facera* -a la vera del *Camino de la Vrea*-, uno de Agustín García Morán (en la actualidad de su nieta Lucía García Santiago, hija de Fermín), que persiste en estado ruinoso y de abandono; otro, bien conservado, de Agustín Martín Ramos (hoy de sus nietos), los dos últimos presentan unas puertas grandes, ya que se construyeron más tarde; el de Esteban Sandín (hoy de Inocencio Alonso García) y el de los herederos de Mateo Sandín, los dos conservan los cimientos; el que estuvo situado en *Las Huerticas*, de Melchor Rodríguez, que, al heredarlo su hijo Domingo, se conoció como el corral de Carolino, por la gran personalidad de su mujer, Carolina, la cual lo superó en gracia, sal y pimienta y por su optimismo ante la vida. Aún se ven las ruinas del que fuera de Vitoriano García Bermejo, más pequeño, entre las dos carreteras, lindando al norte con la antigua y al sur con la nueva, próximo a la báscula. Ni rastro se aprecia del que fuera propiedad de Nicanor Vaquero, que lindaba al sur con la carretera antigua; al este, con la finca de Emilio Gómez Blanco, y al oeste, con la de Felicitación García García. (La foto número ocho muestra uno de los corrales en pie).



Foto nº 8. Corral de las ovejas de los nietos de Agustín Martín Ramos

Y con toda esa protección, el *rabadán* se las arregló para acceder, al menos una vez, en uno, y su astucia lo llevó -después de saciado- a situarse junto a la puerta, esperando la entrada del pastor, y, en el preciso momento de abrirla, sin darle tiempo a pensar lo que pasaba, salió huyendo a toda prisa dejando tras de sí varias ovejas muertas a dentelladas y más *ajagadas* (desgarradas con los dientes).

¡Ay, el lobo! Acuciado por el hambre, ataca a las mansas ovejas en todo tiempo y lugar. Pocos años pasaban sin que apareciera el *farromero*, señal que, con los restos de la oveja, después de ahíto, colgaba el pastor en una encina o situaba en el pico de un palo espetado en el suelo, allí donde había hecho la lobada, para dar a saber que en aquel mismo lugar había matado y comido una oveja. Por ser tan dañino, cuando se mataba uno o le cogían los lobeznos, iban pidiendo por los pueblos, que nosotros vimos de rapaces dos cachorricos de lobo en una cesta grande en la que los llevaba un señor, el cual pedía por las casas.

Pasados los rigores del *hibierno* y después de cuatro meses de vida doméstica, indudablemente mucho mejor que la de andar por el campo (aunque si abundaban las nieves, tenían que comer *roído*, que no era si no las duras hojas verdes-grises de unas ramas de encina que cortaban los *amos* y las llevaban para casa con el fin de que fueran entreteniéndolo el hambre. Hambre que, en marzo, podía trocarse en hartura si las llevaban a *guarecer*, esto es, pastar el trigo que en las tierras de *Los Bajos* crecía con vicio en los años buenos, para frenarle el crecimiento y conseguir que granara bien sin caerse), volvían, madres e hijos, el 19 de marzo, con la *cancinada*, que había custodiado el pastor, y dormido en los corrales.

Y en mayo era, cuando sofoca el calor, las *londras* volaban altas y las lanas le sobraban, cuando había que esquilirlas. *Auzaban* (afilaban) bien las *estijeras de esquilar*, compuestas por dos hojas grandes de acero como dos cuchillos, cuyos mangos se unían en una curvatura y, abriendo y cerrando, le cortaban la lana del cuerpo, el vellón, y la del rabo y las patas, las vedijas -borra- (los malos esquiladores, también la piel, pues algunas presentaban más cortes con forma de ángulos y sietes que hacíamos los escolares en las



Foto nº 9. Tijeras de esquilar que usó Pablo Sandín Fernández



Foto nº 10. Cardencha, conocida como cardo peine

pizarras con los pizarrines). Las mujeres los lavaban -sin jabón- un día, mañana y tarde, del mes de septiembre, en el Castrón; ya secos, los *escarbenaban* (escarmenaban) y procedían a la carda con el *cardo peine* (cardencha) o la *peina*; finalmente, los metían en sacos, que, una vez llenos, ataban con cuerdas por sus bocas, dándole varias vueltas para que no fueran nidos de polillas. (La foto número nueve muestra las tijeras de esquilar que utilizó Pablo Sandín Fernández, y la diez, el *cardo peine*).

En el otoño y en el invierno, las mujeres hilaban los copos de lana con la rueca y el huso. Lo hacían así: ataban un copo en el *rocadero*, estiraban unos pelos, los retorcían, los encajaban en la muesca del huso, seguían estirando y dándole vueltas al mismo con los dedos hasta formar la *mazaroca* (mazorca); de ésta, la madeja; de la madeja, el ovillo. Y del ovillo a tejer calcetines, medias, refajos, jerséis, pasamontañas, y hasta guantes, que Remedios Sandín Marcos nos hizo unos cuando éramos muchachos. La foto número 11 (tomada en los primeros años de la década de los cuarenta del pasado siglo) ilustra mejor que todas las palabras lo que acabamos de decir. El *Tío Miguel* está sentado como un patriarca entre un grupo de mujeres ancianas, que -en la calle, delante de una pared con *ventanuco*-, aprovechando la bonancible tarde otoñal, hilan, mientras la *Tía Dionisia* (abuela y bisabuela de quienes esto escribimos) termina el proceso artesanal, tejiendo un calcetín con cuatro agujas, y la quinta debajo del brazo para cuando hiciera falta poder continuar. Completan la bucólica estampa cuatro niños en el primer plano (que en la actualidad cuentan entre setenta y setenta y seis años) y dos bebés en los brazos de otras dos mujeres en el segundo. Eran el renuevo y la esperanza en la continuidad de una vida que ya no se repetirá jamás porque en Bercianos viven viejos, pero no hay niños. Foto, pues, que ya hace historia.



Foto nº 11. El Tío Miguel entre las hilanderas, la tejedora y los niños

Con la que no hilaban se hacían colchones y prendas para la cama y de abrigo. La *Tía Agustina Prieto Centeno* la "*Maragata*" confeccionaba los colchones en la calle. La estamos viendo *variar* (varear) la lana, meterla entre dos piezas cuadrilongas de loneta con franjas rojas y blancas (como las camisetas del Atlético de Madrid, por eso el apelativo de colchoneros,) y coserlas alrededor con una aguja larga, y, con otra aún más larga

y de mayor hondón, pasar unas cintitas estrechas, igualmente rojas y blancas, por unos agujeritos que había hecho previamente en determinados puntos de las superficies para sujetar la lana. Más tarde -en 2012- supimos, haciendo un crucigrama, que cada una de estas puntadas o ataduras recibía el nombre de basta.

Las prendas de abrigo y para la cama eran hechas por unos alfamareros de Val de San Lorenzo (León), que paraban en casa de mi abuela Narcisa, recogían la lana, la identificaban con el nombre, la llevaban al telar para tejerla, después al batán para enfurtirla y, transcurridos unos meses, volvían con las mantas, los mantones, los *tapabocas* (como un mantón para los hombres), los *corbetores* (cobertores), los *reposteros* (mantas fuertes para la cama), algunos con franjas horizontales de colores y el nombre de sus dueños. Estos telares y batanes fueron transformados en un museo no hace muchos años.

Y también era en mayo cuando se le administraba la *bellota* (una cápsula así llamada por el parecido con el fruto de la encina) *papo abajo*, precisamente para evitar el papo. Éste es un abultamiento que le sale a las ovejas en el cuello. Lo origina la *Fasciola hepática*, llamada también *Duela hepática*, un gusano plano de la familia de los *Faciólidos*, del orden de los *Trematodos*, de unos 200 mm de longitud, con forma de hoja y una ventosa oral y otra terminal.

Es un parásito muy frecuente. Ataca con preferencia a la oveja. Sale de su intestino al exterior con las heces fecales. El huevecillo se desarrolla en el agua, abriéndose una cápsula al cabo de un tiempo, de la que sale una larva nadadora, que, al encontrar un caracol de agua dulce, se mete en su cámara pulmonar y se transforma en otra larva llamada *redia*. Cada una de éstas origina después más larvas, denominadas *cercarias*, las cuales andan libres. Las *cercarias* nadan hasta encontrar la vegetación de las orillas de los estanques, en la que se enquistan. Cuando, al comer la hierba, son tragadas por alguna oveja, empieza nuevamente el ciclo y, siendo una enfermedad del hígado, propicia el *papo*, abultamiento por líquidos en el cuello del animal. El *papo* o, más propiamente, la *duela hepática*, se prevenía con la *bellota*. En la actualidad, los ganaderos lo hacen mediante una inyección que se aplica mecánicamente.

Los pastores fueron expertos albéitares, hábiles cirujanos, diestros traumatólogos, excelentes “obstetras” y magníficos optalmólogos: curaban las enfermedades de las ovejas con los remedios naturales y la destreza de sus manos. Cuando una oveja estaba *borrada* o con *borrisca*, es decir, padecía diarrea, le *arrudiaban* (rodeaban) una tira de corteza de *turovisco* -que huele fatal- con varias vueltas en la base del rabo, la ataban, y a curarse. Si se le abría una pezuña y se le infestaba, un poco de *pedra lipe* (sulfato de cobre), y a correr. Si se le caía el *rongajo* (mandíbula inferior de los rumiantes) y no podía comer, con unas costuras bien hechas en las comisuras de los labios, a rumiar. Si por un accidente se le quebraba una pata, sus sabias manos detectaban la fractura, la reducían primorosamente, cortaban unos tallos nuevos de jara (son los que tienen más ládano), los colocaban verticalmente en torno a la pata, los encordaban con la presión justa como si fuera un vendaje, y el ládano, pegajoso, hacía de escayola cuando se secaba. A los treinta días como nueva y a correr. Si se le salía la *madre* (útero o matriz) por los esfuerzos al parir, *arrefucían* (subían enrollando) las mangas de la camisa, lavaban bien sus manos y, a conciencia, con varias aguas y jabón casero, la matriz de la *puérpera*, se la introducían y, palpando, palpando se la colocaban bien colocadita en su sitio, después le cosían con mucho sentido

la *natura* (vulva), de tal manera que impedía de nuevo la salida. Si se le presentaba un *uñero*, o sea, una membrana finísima que le cubría el ojo y la dejaba sin visión, a operar como hacían Pablo Sandín Fernández y Vicente: echaban la oveja en el suelo -alguien la sujetaba-, enfilaban una aguja fina, pinchaban la membrana con mucho tiento y cuidado, la elevaban un poquito, pasaban la aguja y el hilo, lo cogían haciendo pinza con los dedos por los dos cabos, tiraban hacia arriba, levantaban la telilla membranosa y con unas *estijeras* iban cortando *alredor* hasta desprenderla totalmente. Una vez retirada, la oveja veía, y sin lavar -como hacía Pablo-, con la propia sangre, cicatrizaba y sanaba. Vicente, Adelaida y su hija Rosenda molían unos granos de sal y de azúcar hasta hacerlos polvo finísimo, se lo aplicaban en el ojo y, remedio eficazísimo para cicatrizar, desinfectar y curar. Que se le metía una espiguilla en un ojo en el verano, Vicente y Rosenda se la extraían con los dedos, le echaban el bálsamo de *salazúcar* y ríete del de Fierabrás que utilizaba don Quijote. (En la fotografía número doce, que hicimos en mayo de 2006, están, entre otras personas, Pablo Sandín Fernández y Bienvenido Fernández Vega).



Foto nº 12. Pablo Sandín Fernández, el primero a la derecha de quien mira, y Bienvenido Fernández Vega -con cayada-, segundo a la izquierda.

Diestros, hábiles, expertos, altruistas, curaban casi todos los males de las ovejas. Todos los que podían curar, claro está. No así la modorra, una enfermedad parasitaria causada por las larvas de la *Taenia multiceps* que se alojan en el encéfalo y determinan la aparición de síntomas nerviosos, siendo las consecuencias finales la muerte en el 90% de los casos. Otras larvas procedían de los huevos que depositaba una mosca en los orificios nasales y ascendía hasta el cerebro. Nos vienen, de cuando contábamos siete u ocho años, las imágenes de una oveja modorra. No se caía pero “andaba a lo tonto”, dando vueltas, con la cabeza hacia abajo. Mataron la oveja. Cocieron su cabeza. La abrieron. Y en los sesos apareció una larva rechoncha de unos 10 mm de longitud, blanca, con la cabeza marrón y un puntito negro; larva que, parece ser, o esa era la creencia, procedía de la puesta de una mosca. Y cierto debe ser porque cuando una oveja resoplaba y resoplaba

por la nariz, y la restregaba reiteradamente, la observaban con atención, y en una de las dos fosas nasales veían fija la incómoda semilla.

Llegaba el verano y bajaban los *ganaos* de *La Chana* por las *restrojerías* de *Los Barriales*, y del *Monte* por *Las Cañadas*, al sestil del *Prao*, o al de *La Lameda* por los caminos que conducían al pueblo.

Los muchachos acudíamos al sesteadero los domingos después de comer para ver *mocharse* los *marones*. ¡Qué espectáculo! ¡Qué poderío! ¡Qué bríos! Se situaban uno enfrente del otro, y como si trazaran una raya imaginaria en el suelo por entre sus cabezas, reculaban parsimoniosos, se paraban a una distancia exacta. De repente, emprendían una veloz carrera. Llegados a un punto se encabritaban y con un gran impulso se daban una *mochada* (testarazo) tan tremenda sobre sus redros que resonaba como si se hubieran quebrado los cuernos y la cabeza en mil añicos. Y así, una y otra vez, *mochada* tras *mochada*, mientras nosotros estábamos alledados, hasta que uno de los dos combatientes se retiraba vencido. No comprendíamos el por qué de un juego tan brutal.

No es un juego -nos decía Vicente-, se están midiendo las fuerzas, y el más poderoso, el más valiente, el más forzado, el de más riles, cuando las ovejas *andan a marones* porque están moriondas, tiene la preferencia para amarecerlas y empañarlas; y así, los corderos serán más vigorosos y más resistentes. Es éste un juego poderosísimo que la Naturaleza parece haber dejado en la conducta instintiva para seguir perfeccionando a sus criaturas, una forma de selección natural que mejora las especies.

Con todo eso, lo que más nos atraía era el perro de Vicente. Un pastor alemán al que llamaba Felis. Estábamos todos sentados en el suelo a la sombra del fresno, de la *paleriza* (salguera) o de los álamos. El perro permanecía echado con la cabeza entre las patas delanteras, medio dormitando, alejado unos pasos de la *rapaciada* (conjunto de rapaces). Uno de nosotros cogíamos la *cacha* de Vicente con mucho sigilo, sin que nos viera el perro, la escondíamos lejos, entre las patatas, las remolachas, las alfalfas y, para hacérselo más difícil, en el *caño*, debajo del agua. Volvíamos luego de un rato y nos sentábamos. Pasados diez o quince minutos se levantaba Vicente, empezaba como a buscar y decía: “Felis, me falta la *cacha*”. Nada más oírlo, el perro se ponía de pie, levantaba la cabeza, olfateaba abriendo y cerrando los orificios nasales. Se movía oliscando ora a la derecha, ora a la izquierda, ora al frente. De repente se paraba en seco y venteaba como si quisiera meter todos los vientos en la nariz. En un instante emprendía una carrerilla y volvía de inmediato con la *cacha* atravesada en la boca. Nosotros lo esperábamos sorprendidos sin poder explicarnos cómo era tan listo. La admiración nos llevaba a prodigarle abrazos y halagos, y el perro, viéndonos contentos, entornaba los ojos mimoso como si quisiera darnos las gracias con un ladrido suave. A veces nos lamía. Era un muchacho más. Todos queríamos tener un perro como el de Vicente. Sobre todo los más pequeños para que, si nos perdíamos en el monte, como le sucedió a Casimirito Colino Fernández, nos encontrara enseguida.

Si el perro nos dejaba lelos, permanecíamos embobados y en suspenso, cuando Vicente recitaba, con aquella forma de declamar y accionar, el romance de *La loba derrangada*, adaptación de *La loba parda*, que había llegado a Bercianos con la Trashumancia desde Extremadura.

Nada más comenzar: “Estando yo en mi telera, / sentado en la mi cabaña, / repican-

do el mi caldero / y cosiendo mi zamarra”, permanecíamos quedos, atentos, absortos, embelesados, con los ojos abiertos, las bocas aún más, los oídos agudos, queriendo que nos entrara todo lo que iba a suceder en nuestras mentes ávidas de aventuras. El clímax llegaba en el momento en que los perros cogían a la loba: “Tieso, mi perro Cachorro, / aprieta bien mi Guadiana, / que voy a buscar el cuchillo / que dejé en la majada”. Retumbaba la voz como la de un consumado rapsoda entre los álamos, apretaba los dientes, abría y cerraba las manos, oprimía los puños, encendía y avivaba sus zarcos ojos con tal expresividad, reflejo vivo de lo que sentía, que era imposible no experimentar una alteración afectiva intensa, oyendo y viendo agigantarse la mediana figura de aquel hombre al que cariñosamente llamábamos *Mayorico* por su apellido y su estatura. (La fotografía número trece es la seleccionada, entre las que conserva su esposa Adelaida, para hacer presente su imagen).



Foto nº 13. Vicente
Mayor Llamas

Pastores los que fuisteis en Bercianos, durmiendo en aquellas espesuras de jarales, urces, carrascos, chaparros, carqueixas y malezas, penando y padeciendo por el celo a las bravas ovejas castellanas sin temerle a las fieras, ni a las centellas ni a los aguaceros, viviendo con lo necesario, quizá no con lo justo, que justos eran los amos y no podían dar más de lo que daban. No podíais continuar arrastrando la vida cuando la emigración ofertaba otras posibilidades, otras maneras de vivir más humanizadas. Vinieron, afortunadamente, tiempos mejores que se llevaron por delante, a finales de los años cincuenta del pasado siglo, aquellos rebaños de los *amos*, y con ellos, una forma de vida, unos usos y unas costumbres, un léxico propio: *güeja*, *ueja*, *meca*; las interjecciones *ría*, *gira*, que, repetidas, se usaron para atraer las ovejas, para mover el *ganao* y acelerar su marcha; *tenla*, para alejarlas; unos cantares que enriquecieron el folclore: “dicen que los pastores / huelen a sebo, / pastorcito es el mío, / huele a romero.”; refranes tan breves como verdaderos: “oveja que mucho bala, *bocao* pierde”, “reunión de pastores, oveja muerta”; artificiosos enigmas en forma de acertijos, adivinanzas o quisicosas con el sentido encubierto de las palabras para hacer más difícil su comprensión, de cuyo oculto significado es muestra este diálogo: - Buenos días, señora princesa. - Buenos días tenga el de la verga tiesa. - Me deja meter lo mío peludo por lo suyo *pelao*. - Sí, pero con mucho *cuidao*.

Pues no, en realidad se trata del pastor, la segadora y las ovejas. El pastor le pide permiso a la segadora para que le deje meter las ovejas en la parte de tierra que ha terminado de segar, ya *restrojo*. La segadora se lo concede con la condición de que preste la mayor atención para que no le coman las *morenas* (haces apilados) ni la parte que le resta por segar.

Qué decir de las Pastoradas, aquellas representaciones breves, de un solo acto, las cuales se celebraban en la iglesia durante la Natividad del Señor, normalmente en la Noche Buena, después de la misa del gallo. Pues que solamente hemos podido rescatar este fragmento de su autor y actor, el *Tío* Miguel García Casado, gracias a la memoria de su nieta Aurora Gómez García: “Deogracias: Yendo yo *La Chana* arriba, / *repastando* mi *ganao*, / vi volar un *saltón*, / luego lo maté de un palo. / La carne le di a las mozas, / mira

qué gordas las traigo. / ¡Cómo no van a estar gordas, / si comen como caballos!”. Y de las pías compradas por los tratantes en Aliste, Tierra de Tábara, Ferreras de Arriba, Ferreras de Abajo, Litos y otros pueblos, que transitaban por los polvorientos caminos del valle con sus arreadores (muchachos de entre 9 y 15 años) en dirección a Benavente para ser vendidas en la feria, los jueves de cada semana, y al paso por cada pueblo le endiñaban una propina al guarda para que hiciera la vista gorda, las dejara pacer por las orillas y no le cobrara la *prendada*. No lo había más diligente que el amigo Francisco Vega Colino, el Gran Paco el “Ranero”, guarda jurado de Bercianos a finales de los años cincuenta y primeros de los sesenta.

Hemos perdido una forma de vida, unas costumbres que originaron una cultura, un saber delicioso. Lo hemos perdido en la vida cotidiana, mas no en el corazón y en la memoria, mensajera palomica que escribe vuestros nombres con el ramo de olivo en el pico, evocando en estas soledades de los campos el *dalán*, *dalán* de las cercas que las ovejas y las cabras llevaban colgadas del cuello, los agudos balidos y berridos; el *dilín*, *dilín* de las esquilas de las novillas y el *dolón*, *dolón* de los cencerros de las vacas con sus roncros mugidos. Cuántas notas al aire que tal vez hubieran inspirado una melodiosa sinfonía a un Beethoven.

Mas gocémonos de nuevo haciéndonos neutrinos, volvamos para atrás al *Monte*, a *La Facera*, a *La Devesa*, a *Los Barriales*, al *Prao* y al *Castrón*, con todas sus rudas asperezas y bellas frondas donde manaban las fuentes de agua pura. Que vuelva, que vuelva la columba alba, que beba y escriba con su cálamo, sin tardanza, los nombres y apellidos de los nativos y de los foráneos:

Emilio Llamas Cid “Buracas”, de Bercianos de Valverde.

Juan Vaquero Tomás, de Faramontanos de Tábara (Zamora).

Antonio Sánchez Sánchez “Pelón”, *salamanquino*, natural de Villoria.

Vicente Mayor Llamas, de Bercianos de Valverde.

Cayetano Rodríguez García, de Bercianos de Valverde.

Melchor García Centeno, de Bercianos de Valverde.

Pablo Sandín Fernández, de Bercianos de Valverde.

Manuel de Dios Parra “El Tío Dios”, de Melgar de Tera (Zamora).

Si bien es cierto que los dos ganados, cuyas ovejas eran propiedad de los vecinos, dejaron de existir al finalizar los años cincuenta del siglo XX, no es menos cierto que continuaron otros dos, pero de una manera bien distinta: los amos se redujeron; primero, a tres; luego, a dos, cada uno propietario de un número de ovejas. Los dueños hacían también de pastores, pero el pastoreo lo realizaban de una forma menos esclava, puesto que las ovejas dormían todo el año en el corral y para más alivio, a mediodía, también las encerraban.

Los primeros que continuaron con esta forma de pastoreo fueron Pablo, Vicente y Nicanor Vaquero García “*Calabazo*” (hijo del pastor Juan). Vicente y *Calabazo* pastorearon juntos un solo ganado con las ovejas de ambos. Pablo las quitó. Vicente falleció. A su muerte, Nicanor y su esposa Beatriz García García continuaron cuidándolas una temporada como al principio, hasta que Rosenda y Nieves -hijas de Vicente- las repartieron. Rosenda, que conocía muy bien el oficio y, además, le gustaba, pues de casta le venía, siguió con su rebaño. Le sacaron más rentabilidad, no sólo por el número, sino porque las ordeñaban y vendían la leche y los corderos. Nicanor contrató cuatro pastores consecu-

tivamente: Rogelio Merchán Fernández, de Gallegos del Campo (Zamora); Teodoro, de Olmillos de Valverde (Zamora) -su madre, Felisa, de Bercianos, hija de Simón García-, al que le regalamos un perro de ovejas, enviado por don Dacio Ramos Matos, veterinario zamorano que ejercía en Vizcaya (por cierto, resultó una *eminencia*, según decían, tanto que tuvimos que pedirle otro para Valentina Fernández -una parienta de Pubblica de Valverde-, que superó al primero); otro de Colinas de Transmonte (Zamora), y Juan Manuel Colino, de Litos (Zamora). *Calabazo* se jubiló y las vendió. (Nicanor retratado en plena actividad pastoril en la foto número 14).



Foto nº 14. Nicanor en sus últimos años de pastor

Más tarde, Conrado Vega Colino fue propietario de un ganado con unas seiscientas cabezas. Lo orientó simultaneando el pastoreo tradicional, que realizaba su esposa Soledad durante algunas horas del día, con las exigencias de los tiempos: edificó una nave con arreglo a las normas higiénicas establecidas por la Junta de Castilla y León: cinta transportadora para los alimentos, ordeñadora y refrigeradora.

Conrado, después de jubilado, en el año 2006, alquiló la nave a una familia dominicana, que tuvo como pastor a un joven marroquí, llamado Nayín, con el que hicimos buena amistad. Parece ser que los dominicanos eran poco versados en ovejas y poco diligentes, andaban, según dicen, allá voy y nunca llego, al no llegar a tiempo, pues mal, y de mal a peor, tan a peor que no le pagaban a Nayín. Y Nayín se fue. En el año 2009 se le murieron las ovejas, al parecer, por la administración de una vacuna en mal estado. Como consecuencia, se ausentaron y, con ellos, se acabaron las ovejas y los pastores en Bercianos.

Colgadas permanecen las cencerras, las esquilas, los cencerros, inmóviles los *badallos* (badajos). Los hierros aparecen corroídos por la herrumbre. Muertas las notas. Los gruñidos de los jabalíes, los aullidos de los lobos, el *juan, juan; maría, maría* (onomatopeyas de los ladridos del zorro -*juan-* y -*maría-*, la zorra), el urajear de los grajos y el crascitar de los cuervos hacen sonoro el silencio del terruño. La soledad, con la que ya no comunican sus pensamientos los pastores, no está sola en los pagos de maleza y erial

do campan a sus anchas los cérvidos, los suidos, los lobos, las vulpejas y los córvidos.

Nota: Hubiera sido imposible escribir estas páginas para la historia común del pueblo sin esa entusiasta colaboración de todos aquellos con los que hemos conversado en la resolana, en la calle, en sus casas. Es la historia viva, emocionada, agridulce por todo lo que fuimos y todo lo que dejamos los pocos que vivimos aquellos pasados tiempos.

Para Adelaida, que compartió -desde la edad de 16 años- cuatro décadas la vida de pastoreo con su esposo Vicente, nuestra más sincera gratitud por las muchas horas de conversación que, animadas por todos los suyos, hemos mantenido, caminando por los senderos del pasado, narrándonos en cada paso las andanzas de aquella vida. Y no solamente eso, sino que, lejos del desánimo, ponías la máxima atención cuando tu nieta Clara te leía entusiasmada lo que nosotros habíamos escrito para comprobar los errores, las omisiones, los aciertos, que de todo hubo, ahora corregidos y aumentados. Diré, en este caso yo, Fermín, desde lo más íntimo, que he revivido una faceta de mi adolescencia que no se borra de mi mente. Ha pasado por mí un hálito ancestral de añoradas memorias con todos vosotros. Y Adelaida y los suyos le han tributado el mejor homenaje posible a Vicente: no dejarlo en el olvido, que no lo destruya el tiempo, que no borre las huellas de su viaje.

